

“Luis Pérez Calvo. Unplugged”

Adentrarse en el universo artístico de Luis Pérez Calvo (Madrid, 1962) es como colarse en un templo a la música. Nuevos, de segunda mano, edición original, edición especial, coloreada, pirata, reedición, versión americana, alemana, española, japonesa... cientos de casetes, CDs y vinilos se amontonan en las estanterías de su estudio, seleccionados con el entusiasmo y la devoción de un coleccionista asiduo durante años a las ya desahuciadas *record store* y, por supuesto, a los domingos de El Rastro en Madrid.

Con acordes del rock y el punk más clásico, pero también con referencias al jazz, el soul, el country e incluso el hip-hop y la electrónica, Luis Pérez Calvo pone de manifiesto su pasión por la música interpretando e interviniendo algunos de los carteles y portadas de discos más memorables de los grandes iconos que han marcado la cultura popular desde mediados de siglo XX. Un mural de dibujos y *collages* que se entrelazan con paisajes urbanos repletos de tuberías, grúas, edificios, eslóganes publicitarios y mucho tráfico, en recuerdo a las calles del *Lower East Side* neoyorkino de la época. Sin embargo, siempre fiel a su estilo, Pérez Calvo tiñe todo lo que reproduce de ese carácter castizo, irónico y divertido que recuerda a la España de los ochenta, un país anclado en la tradición pero anhelante de modernidad.

Y es que el trabajo del artista madrileño nos devuelve continuamente a este período de transición, a una sociedad aturdida por la oleada de cambios e influjos de renovación que llegaban del extranjero, mientras aún disfrutaba de las verbenas dominicales y el cine de Berlanga. Por eso, casi imbuido por el espíritu punk de *La Movida*, Luis Pérez Calvo utiliza su afición por la música como hilo conductor para hacer un tributo a la cotidianeidad: a los cómics de *peseta*, el vino en tinaja, las tiendas de barrio y las consignas publicitarias de un país contenido entre dos aguas. En sus intrincados dibujos de fondo abstracto huye de referentes cultistas para fijar la mirada en el saber de la calle y sus ídolos populares, los de la televisión, el cine y los tebeos, revistiéndolos de un trasfondo lúdico y despreocupado al igual que hicieran muchos de los grupos que tocaron en el célebre Rock-Ola madrileño. Además, como grata novedad, recupera ahora el trabajo sobre cerámica que ya había tanteado en ocasiones anteriores, ahondando más si cabe en esta atracción de opuestos y, sin lugar a dudas, en su devoción incondicional por la música.

Si bien es cierto que ésta ha sido una constante en toda su producción, desde la representación de cachivaches relativos al sonido, hasta frases sacadas de sus canciones favoritas, esta exposición es una vuelta consumada y sin complejos a sus años de juventud a través la huella indeleble que dejaron sus referencias musicales. Un camino apasionante por recorrer y del que solo nos muestra el principio, consiguiendo seducir a un público que ya pasa de los cuarenta y tantos pero que recuerda con añoranza las aventuras de Mortadelo y Filemón, echa de menos el tacto de lo analógico y escucha los *singles* de sus grupos fetiche con la misma pasión que la primera vez.